

un gobierno regular en México? En el estado actual de la civilización del mundo, la prosperidad de la América no es indiferente á Europa, porque ella alimenta nuestras fábricas y hace vivir nuestro comercio.»

Cuando en el Senado francés se trataron los asuntos de México, el general Forey pidió la palabra y dijo entre otras cosas:

«Es inútil que los partidarios de Maximiliano se forjen ilusiones; no se puede conservar á ese Emperador que con tanta pompa llevamos allí; necesitaría la Francia sacrificar de nuevo muchísimos hombres y muchísimo dinero.»

Una enfermedad lenta pero grave le obligó á retirarse de los asuntos públicos, de tal suerte que dejó su puesto de Comandante de Campo de Chalons; no volvió á concurrir al Senado, y en 1870, cuando estalló la guerra con Alemania, ya no pudo tomar parte en ella.

Forey en su trato era muy amable, muy severo en el mando, muy cortés con las damas y amaba con tal ternura á los niños, que en México los jueves, mientras tocaba en la Alameda la música francesa, él se gozaba en regalar cartuchos de dulces á los chicuelos que se le acercaban.

Murió olvidado y sin que la República francesa depositara un laurel sobre su sepulcro.

VIII

El coronel Dupin y su contraguerrilla. — Crueldades y represalias en la costa y en Tamaulipas.

Dupin no era un hombre, era un monstruo. No quería considerarlo como miembro del Ejército francés, porque ese Ejército se batió siempre con nobleza y dentro de las leyes de la guerra, mientras que Dupin superó á los chacales por su crueldad y á los bandidos por su infamia.

Contar las arenas de la playa sería más fácil que el número de mexicanos humildes, pobres y desconocidos que, con las armas en la mano, defendían en los desiertos, en las montañas, en los bosques, en los ranchos, en las aldeas, la integridad de la patria.

Los guerreros improvisados se batían en guerrillas, y Forey, desesperado de no poder pacificar un país confiado á su mando, estableció una contraguerrilla.

Acaso en una noche de fiebre, surgió entre sus más horribles delirios la figura del antiguo sol-

dado que se hizo siempre odioso por sus malos instintos. ¡Aquel hombre capaz de todo y útil para todo, era Dupin!

Forey y Bazaine le trajeron á México, se le rehabilitó en el servicio, le nombraron de nuevo coronel de Estado Mayor y lo hicieron jefe de una contraguerrilla, compuesta al principio de ochocientos cincuenta individuos de todas las nacionalidades.

La hez de la canalla de México, de Francia, de los Estados Unidos, de Inglaterra, de Italia, de Suiza y de Holanda se encontraba en la contraguerrilla.

Era una legión de aventureros, á quienes más les importaba matar que morir; llevaban la conciencia á la espalda, la tea y el puñal en las manos, y seguían obedientes á su jefe, como el *bull-dog* al amo que le deja la mitad de la presa en premio de su bravura.

«En esa contraguerrilla, dice Keratry, se hallaba el marinero desilusionado del mar, el negrero de la Habana arruinado por el «tifus», destructor de su cargamento; el buscador de oro, escapado de Hermosillo, de las balas que habían matado á Rousset Boulbon: el manufacturero de la Luisiana, arruinado por los yankees. Esta banda de aventureros ignoraba la disciplina. Los oficiales se emborrachaban con los soldados, bajo la misma tienda; los tiros de

revólver sonaban muy á menudo al despertarse. En cuanto al traje, si esta tropa hubiera desfilado por los boulevares de París, con clarines á la cabeza, se hubiera creído asistir al paso de una antigua banda de truhanes, exhumados del fondo de la vieja ciudad.»

* * *

Á Dupin lo recuerdo apenas. Una tarde, saliendo de la Escuela de Dalcour, tropecé en el Portal de Mercaderes con un militar cuyo traje llamaba la atención de todos.

Ancho sombrero, bordado en oro, con flores de gran relieve debajo del ala; gruesa toquilla y chapetas figurando dos caras de león; holgada blusa de lienzo rojo, con alamares y cordones de oro, y adornado el pecho con más de diez cruces, medallas y placas; pantalón bombacho, de dril crudo; botas fuertes amarillas, estilo mosquetero, con acicates dorados; capote de coronel, revólver y sable á la cintura.

La fisonomía, de tez blanca tostada por el sol; ojos azules, de mirada indagadora y firme; nariz bien hecha; barba cana muy poblada y larga; una gran pipa en la boca.

Aquel tipo era el coronel Carlos Dupin, nombrado más tarde por Bazaine gobernador del Estado de Tamaulipas.

Me pareció entonces un personaje escapado de alguna leyenda romántica; después lo estudié friamente, y ahora me creo en el deber de presentarlo, relatando algunos de sus principales hechos en la Sierra Caliente y en Tamaulipas.

* * *

Dupin fué de aquellos hombres que dejan á su paso una huella de sangre tan honda que no se orea en un siglo.

Sus decretos eran terribles. En Ciudad Victoria, en Septiembre de 1864, expidió uno concediendo amnistía, que dice lo siguiente:

«Todo individuo del Estado de Tamaulipas que, *cualquiera que sea el pretexto*, tome las armas sin autorización previa del general en jefe ó del gobernador del Estado, *será considerado como bandido y fusilado en el acto.*»

Ya en esa fecha, Dupin era célebre por sus atrocidades. Keratry, el conde que escribió el famoso libro sobre el imperio, juzgando apasionadamente á nuestro país, perteneció á la contraguerrilla, militó á las órdenes de Dupin y publicó más tarde en la *Revue des Deux Mondes* algunos detalles que retratan á su infame jefe.

Copiaré algo de lo de Keratry, que sirvió á Lefèvre para su historia de la guerra de intervención.

«El 24 de Febrero de 1863, después de haber rechazado un ataque de los lanceros rojos, exploradores del Ejército mexicano, bajados de la ciudad de Tepeaca, la división Douay acampaba escalonada en la llanura de Anáhuac. Al otro lado de la Sierra Malinche, de la frente nevada, la división Bazaine guarnecía todas las vertientes de Perote. Las avanzadas de las dos divisiones francesas vigilaban en el silencio de la noche.

»En la misma noche, á veinte leguas detrás del ejército, en el camino de Veraacruz á Puebla, había un baile. Los salones de M. de Saligny, ministro de Francia, residente en Orizaba, estaban de fiesta. Durante el baile, el general Forey, comandante en jefe del ejército de México, se separó de su Estado Mayor y se acercó al coronel Dupin, llegado recientemente de Francia.

»— Coronel, le dijo, las tierras calientes están infestadas de bandidos: cada día se ataca á nuestros soldados, se desbalija ó asesina á los viajeros, y las comunicaciones quedan cortadas muy frecuentemente. Me he fijado en vos para desembarazarnos de estos salteadores. Os entrego el mando de las contraguerrillas de las tierras calientes. Se trata de asegurar la tranquilidad del país y la marcha de los convoyes del ejército, mientras esté ocupado en el sitio de Puebla, que podré emprender próximamente.

»El coronel Dupin pidió sus instrucciones al general, quien le contestó que se le facultaba con poderes discrecionales para perseguir á todo trance á los bandidos y purgar el país de ellos.



Dupin

»Entretanto, el baile continuaba al lánguido compás de la danza habanera; las parejas se cruzaban sin cesar. Muchas de las bellezas mexicanas que se abandonaban al delirio de la

danza, «hubieran palidecido» si la orden salida de los labios del General hubiera llegado á sus oídos. En efecto, se acababa de decretar una contraguerrilla, y tal vez había esa noche, en los salones del ministro de Francia, algunos jefes de guerrilla disfrazados de caballeros galantes, cuyas cabezas alegres en esta noche de fiesta, debían más tarde hacer muecas en la punta de una rama.»

* * *

Con la autorización de Forey, Dupin cometió muchas atrocidades.

En cierta ocasión atacó á Tlaliscoya, defendida por ciento y tantos guerrilleros mexicanos, que burlaron á la numerosa fuerza francesa y se salieron de la población.

Dupin se situó en la mejor casa, á orillas del río, y llamó á los más notables del pueblo, incluso al dueño de la casa, don José M. Villegas, ordenándoles que inmediatamente le dieran la cantidad de víveres y de forrajes necesaria para mantener doscientos caballos y cuatrocientos hombres, con la amenaza «de fusilar en el acto» á los que no cumplieran sus mandatos.

Pronto le trajeron á Dupin maíz, paja, carne, pan y tortillas; pero al jefe francés le urgía co-

municarse con la opuesta ribera del río, y allí reconcentrar sus fuerzas ó retirarse, pues estaba escaso de municiones.

Se le dijo que los guerrilleros mexicanos se habían llevado las barcas; pero tantas amenazas hizo á los principales de la población, que logró disponer de las dos canoas en que ordinariamente se atravesaba el río, y las tuvo listas á las cinco de la mañana.

Y refería Keratry, testigo de estos hechos:

«Se devolvió la libertad á dos notables, con misión de ir en persona á la descubierta, y «si á la hora dicha, ambos notables», conocidos como amigos de las guerrillas, «no habían vuelto, sus casas serían incendiadas», y después los cuatro notables quedados en Tlaliscoya, habían de ser fusilados uno tras otro, de media en media hora, y cada media hora de retardo, había de costar á los habitantes la cantidad de mil pesos. »

»Después de tomadas estas disposiciones, los oficiales que, desde la mañana, no habían comido ni bebido, pensaron en los negocios serios, es decir, en la cena. Eran ya como las dos de la mañana, cuando Villegas ofreció galantemente á sus huéspedes una comida verdaderamente real y gratuita. Esta mesa, servida tan suntuosamente, estaba, sin duda, destinada á los jefes de las guerrillas, cuyo cuartel general estaba instalado algunos días antes enfrente, en un

café perteneciente al noble anfitrión, donde se habían hallado platillos llenos de pólvora y de cápsulas. Antes de hacer honor á los platos se convidó á Villegas á que los gustara él primero, porque temíamos que se hubiera mezclado un poco de veneno en las salsas. Una vez cumplida esta formalidad, los vinos generosos circularon, y los convidados, «entre los cuales estaba Villegas, que no se permitió ningún exceso, brindaron por la Francia.»

»A las siete de la tarde, el cura de Tlaliscoya fué llamado, y encargado de designar, entre las casas, á espaldas del bosque, las que eran conocidas como puestos de guerrillas. *Cosa de cuarenta casas fueron incendiadas en el acto.*»

* * *

Dupin, en una marcha por Cotastla, aprisionó á un liberal, el señor Molina, en el instante en que ayudaba á fugarse á varios guerrilleros mexicanos, que estaban en su tienda comiendo pan y queso.

Molina, al cerciorarse de que se aproximaba la contraguerrilla, fué en persona á cortar con su machete los roncales de los caballos atados en el corral, para que sin demora escapasen sus correligionarios.

Alguien había dicho á Dupin que Molina era protector de bandidos (así llamaba á los soldados liberales); que les compraba los efectos robados á los convoyes, y que los vendía á muy altos precios en Veracruz y en Orizaba.

Dupin mandó registrar la casa de Molina, y como le encontraron cartas «muy significativas que comprobaban su complicidad con los juaristas», dispuso que tanto á él como á un primo suyo los «fusilaran en el acto».

La esposa de Molina imploró gracia para su marido; pero Dupin, frío como el mármol, se negó á otorgarla, y delante de ella se llevaron á cabo las ejecuciones.

La infeliz mujer presenció impasible la sangrienta escena; pero cuando la tropa se puso en camino y el coronel Dupin partió á caballo, dice Keratry que la mujer de Molina se cruzó fieramente delante de él, y con la mano levantada le gritó: ¡Antes de ocho días, coronel, morirás! Después desapareció llorando.

«El 29 de Septiembre, Dupin se fué á Veracruz para recibir en la intendencia el sueldo de su tropa. El 1.º de Octubre, en la mañana, salió en secreto para la Soledad. Había cuidado la víspera de anunciar muy alto su partida para las dos de la tarde. El mismo día, á las tres, los vagones del ferrocarril, en medio de los bosques de la Pulga, caían en una emboscada horrible:

la locomotora fué derribada de sus rails, los coches se amontonaron unos sobre otros.

»De lo alto de las dos bargas de la vía de hierro, las guerrillas mexicanas hacían un fuego nutrido sobre los vagones y los viajeros. La caballería enemiga desfilaba por ambos lados de la vía; el comandante de batallón, Ligier, jefe superior de la Soledad, fué matado. Los egipcios y franceses resistieron heroicamente; pero quedaron en el sitio muchos cadáveres. Los heridos recogidos en la tarde, contaban que por todas partes, cuando las guerrillas registraban los cuerpos, se esparcía este grito de venganza: ¿Dónde se halla ese miserable Dupin?»

Aquel ataque lo preparó la viuda de Molina, gastando grandes cantidades, pues estaba sedienta de venganza.

* * *

En el mismo punto, en la Soledad, dejaron en poder de Dupin á don Agustín del Río, al bravo general don Miguel Auza, á quien González Ortega llamaba en los partes oficiales «valiente entre los valientes», á don Lucas del Palacio y Magarola, don Florencio María del Castillo, el francés René Masón, periodista; don Manuel Morales Puente, don Manuel Payno y otros, salidos de México, de la prisión de Santiago Tlal-



D. Miguel Auza

telolco con rumbo á Ulúa, para ser deportados á la Martinica.

Dupin habló con Agustín del Río y con Auza, y les dijo que llevaban la nota de incendiarios, asesinos y jefes de ladrones, motivos por los cuales en todo el camino estuvieron amenazados

de ser pasados por las armas, especialmente en Palo Verde, donde los franceses no olvidaban la derrota terrible que dió á los zuavos el veracruzano Milán.

Después de haberlos tenido tres días en un «cachot voilé» incomunicados y con pésimos alimentos, fueron conducidos pie á tierra y custodiados por una fuerza de marinos martinicos, á Veracruz, y de allí á Ulúa, donde permanecieron Del Río, Auza y Palacio Magarola catorce meses, habiendo sido en muchas ocasiones amonestados para que reconocieran el Imperio, á lo cual se negaron, á pesar de estar desnudos, sin recursos y en peligro de sucumbir del vómito, como Florencio M. del Castillo.

Cuando regresaban de Ulúa, el general Desmosiaux, comandante militar de Orizaba, les invitó á comer y ellos rehusaron la invitación, cortés, pero enérgicamente.

Al preguntar á Del Río el motivo, dijo:

— Cambie usted los papeles, señor General; si nosotros estuviéramos en Francia en las condiciones de usted y usted en las de nosotros, ¿asistiría á nuestra mesa?

— ¡Nunca! respondió el jefe francés con arrogancia.

— Pues lo mismo decimos, señor General. ¡Nunca!

Viendo la resolución de los tres republicanos

que habían pasado muy amargos meses en los horribles calabozos que se llamaban las Tinajas, los remitieron para México á disposición del general Neigre.

* * *

Tamaulipas tuvo en su libre suelo, entre otros muchos patriotas cuyos nombres son venerables, al homérico Pedro Méndez, jefe que nunca conoció el miedo, que se batió sin tregua y que murió en pleno campo de combate, defendiendo su causa y su bandera.

Ya Dupin había provocado con sus crímenes las más grandes y horribles represalias. Ya había ahorcado mexicanos en los faroles y en los reverberos de la plaza de la Aduana de Tampico, «y dejó — como dice Keratry — que hasta la mañana del día siguiente se balancearan los cadáveres en los brazos de las linternas, al sople de la brisa del mar.»

Ya en las cercanías de Croix ó Casas, sorprendió escondida á una linda mujer, llamada Pepita, amante del guerrillero Avalos, y le puso una cuerda al cuello, un reloj delante, y le dijo que si en el plazo de cinco minutos no delataba un plan de emboscada que les preparaba Avalos, la ahorcaría desnuda.

La mujer, con heroísmo extraordinario, vió transeurrir los minutos, sin despegar los labios, pero de pronto sintió correr el nudo de la cuerda, y trémula y lívida confesó todo.

Ya había colgado á un hermano ó primo del intrépido Méndez, obligando á éste, por medio de un tiroteo, á que se acercara á contemplar el cadáver.

Ya había enterrado vivos á los chinacos que caían en su poder, sorprendiéndolos por medio de hermosos perros husmeadores, que al principio gustaban á los liberales, que los veían aparecer en los bosques, sin comprender que tras ellos les venía la muerte, y lo cual obligó al general Servando Canales á ordenar que antes que á un hombre del enemigo se matase á un perro.

Ya, en fin, había quitado al carácter de aquella guerra todo rasgo de nobleza, de reciprocidad justa y levantada, de lealtad y hasta de humanidad, y hubo entonces que proceder contra él del mismo modo.

Unos soldados de Dupin cayeron en poder de los contrarios: eran negros, mulatos, asiáticos, italianos y holandeses, y los guerrilleros, ciegos de ira, los enterraron vivos de pie, hasta el cuello, dejando fuera las cabezas, y obligaron con un tiroteo á que Dupin con su contraguerrilla se acercara, como en efecto se acercó, y

los cascos de sus caballos destrozaron las cabezas de aquellos infelices.

* * *

Era una guerra de exterminio sin piedad, sin cuartel, sin ejemplo, la que Dupin encendió en Tamaulipas, pues los hijos del Estado, como dice M. Vermorel, en el *Courrier Français* del 8 de Octubre de 1867, al narrar algunos hechos: «Si se considera que estos que Dupin llamaba «bandidos» estaban considerados por los mexicanos como los defensores de su independencia nacional, se debe pensar ¡cuánto debían abominar y maldecir el nombre francés los testigos de estas ejecuciones!»

Pero no; aquella contraguerrilla no era ejército francés, sino una horda de hienas, porque todavía hay testigos de que desenterraban y profanaban los cadáveres.

* * *

El bravo general Aureliano Rivera, famoso é incansable guerrillero en los años de la Reforma y de la Intervención, que tuvo en el Ajusco á sus órdenes ameritados generales y que formó y dió ser militar á muchos jefes que después brillaron notablemente, batió con acierto y con éxito á

Dupin en Tamaulipas, llegando hasta ahuyentarlo, sin conseguir cogerlo entre sus redes.

Era hombre muy sagaz, muy valiente y muy fuerte de complexión el coronel Dupin; sus hazañas, que inspiran horror, llenarían un libro, y aunque se hizo temible como un tigre hircano, fué tal el valor de los tamaulipecos, que en los últimos días de su permanencia en el Estado, Dupin se disfrazaba de mil maneras, temeroso de que cualquier ciudadano, al reconocerlo, le matara «en el acto».

* * *

Dupin, que nació en 1812, murió en 1868 en Montpellier, donde ejercía las funciones de jefe de Estado Mayor de la Segunda División militar.

En México, referían unos que se había suicidado en un buque en el Canal de la Mancha; otros, que había fallecido en Asia; pero, como se ve, eran falsas consejas.

Dicen que descendía de buena familia, y que cuando regresó á Francia le echaron en cara sus crueldades, de tal suerte que llegó á enfermar de tristeza, y aseguraba que no habían sabido recompensar sus servicios.

Para las nuevas generaciones de México, el nombre del contraguerrillero suena inadvertido;

pero cuando se pronuncia delante de los que en su tiempo conocían sus hazañas, produce el horrible efecto que á nuestros abuelos el de la invasión del cólera en 1833.

Aquel hombre odioso y odiado era un monstruo que propagaba el terror, encendiendo en deseos de venganza todos los corazones.

IX

Los prisioneros mexicanos en Francia
Diario de un desterrado

La tierra extraña, que tantos atractivos ofrece á los que viajan por recreo, por estudio ó por conveniencia, es odiosa y amarga para los que en ella viven proscritos y sin esperanza de tornar al suelo nativo.

Un desterrado á quien acompañan como abominable cortejo el olvido, la humillación y la miseria, sufre lo que sólo Dante podría pintar con vivos colores.

No hay pena comparable á la del ostracismo. Se puede prescindir de la vida en la patria cuando la juventud y la esperanza sonríen como dos magas engañosas delante de nuestros ojos; pero en la edad proveyta, en la vejez, la obligatoria ausencia de la tierra en que se ha nacido es el mayor de los dolores.

Los griegos, maestros de lo bello, presentían lo horrible, é imponían el ostracismo como el más grande de los castigos.